

Sermón del P. Basilio Méramo

IV Domingo después de Epifanía

1 de febrero de 2009



Perdóneme que empiece con un breve anuncio: la carta que he hecho pública, abierta, a Monseñor Fellay, Superior de la Fraternidad, está a disposición de los fieles allí en la mesa a la entrada de la Capilla. También hay un nuevo folleto sobre el drama de Jesucristo, extraído de una de las obras del P. Castellani, "Cristo y los Fariseos", que también pueden tomar en la misma mesa.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén.

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo: En este IV domingo después de Epifanía, el Evangelio de hoy nos relata el milagro que hace Nuestro Señor con sus discípulos en la barca que estaba a punto de naufragar, de hundirse, y la respuesta de Nuestro Señor cuando le despiertan en medio de esa hecatombe, como un niño, sin importarle el peligro ni la zozobra de los discípulos que estaban bastante asustados ¿pues quién no se va a asustar en medio de una tempestad en el mar? Los discípulos recurren a Nuestro Señor, lo despiertan, y Nuestro Señor ¡vaya respuesta que les da!: ¡Hombres de poca fe! Nuestro Señor es tremendo, no se anda con medias tintas; El no es un político, ni un diplomático. y aclaro aquí, hago un paréntesis, porque hay algunos fieles un poquito despistados, uno o dos, pero eso basta, una manzana podrida pudre el resto del saco; y que le caiga la piedra a quien le caiga ...

Tampoco soy político, mis sermones no son políticos, son doctrinales y no creo que nadie les explique los evangelios como se los explico yo, aún me atrevo a decir en toda la Fraternidad, y como constancia de ello un libro. Entonces, por favor, que esas cotorritas o cotorritos, porque, aunque no es mi intención revelarlos en público, ustedes los conocen muy bien, porque cuando hablan lo hacen delante de otros; ¡que se callen el pico, por favor! y que si tienen la valentía de decírmelo a mí personalmente, con mucho gusto les puedo responder, pero que no hagan esa crítica solapada.

Pues bien, Nuestro Señor que es tremendo y lo vemos aquí una vez más; para ver que era tremendo, dos veces a latigazos, sacó a los mercenarios, mercaderes, vende-iglesia o vende-patria, del Templo. El manso, dulce y pacífico Jesús; porque ser pacífico, manso y dulce no es ser tonto ni bobo, ni menos cobarde.

Es el liberalismo democrático quien hace a los hombres políticamente correctos, pero inútiles, cobardes para defender la verdad, y sobre todo la verdad religiosa; por eso Nuestro Señor con todo el asombro y el pasmo que nos puede ocasionar esta respuesta, ¡hombres de poca fe!, cuando lo lógico que pareciera que fuese normal, es que se asustaran y lo despertaran. El les responde así; con una respuesta inopinada, diría un político demócrata de hoy ¡que barbaridad! ¡cómo les responde así! Pues vean ustedes cómo es Nuestro Señor, no es como lo pintan por ahí de cachetitos colorados, como una monjita afeminada. No señor, era un hombre viril, y la religión es viril, de ahí viene la virtud; no hay virtud sin virilidad, tanto en el hombre como en la mujer. Y todo el orden sobrenatural, de la gracia, de la vida espiritual, es viril y el que crea que es caminar así, como cotorrito o como cotorrita, o con ademancitos y tontería; es mojigatería, frailería o frailería o lo que quieran. Eso no es la virtud sobrenatural del católico, esa es la parodia afeminada de la virilidad, de la virtud sobrenatural. Entonces, ¡cuidado mis estimados hermanos!, de confundir los parámetros, de confundir las cosas, por eso hay tanto curita afeminado por ahí; curitas, obispos, y qué se yo; creen que todo eso es virtud. No quiero decir la palabra porque se escandalizarían, pero eso se llamaría otra cosa. Pues bien, esto nos da la prueba, entonces, una vez más, que un hombre manso y dulce, pero viril, les dice: ¡hombres de poca fe! ¿por qué Nuestro Señor les dijo eso con indignación, con rabia?, se podría decir en el lenguaje común y corriente. Fíjense ustedes que es casi el único "defecto" que se le podría a veces, atribuir a Dios, la ira divina, la indignación. No se le puede atribuir cobardía, flojera, orgullo, pereza, pero si iracundia. ¡Que increíble! Porque hay una santa ira; no hay una santa soberbia, no hay una santa pereza. Pero sí hay una santa ira: la indignación justa, que también puede ser mala y ahí está también la ira como pecado cuando es por puro capricho propio. Pero la santa indignación al ver conculcada la verdad, al ver conculcada la fe, al ver conculcado el bien común, al ver conculcado el derecho, la justicia, la ley, la patria o lo que ustedes quieran de bueno: la familia, la amistad o lo que fuera. Eso produce en hombres y mujeres bien nacidos indignación. Entonces, no se trata de estar aparentando otras cosas, y de tanto aparentar Dios permite que todo se vuelva una pura apariencia superflua, por todas partes y dentro hasta de la misma Iglesia; y ¿por qué?, por ser hombres de poca fe. Porque, ¿cómo es posible si los apóstoles estaban con Nuestro Señor en la barca? - la barca simboliza la Iglesia en medio del mar tumultuoso y peligroso de las aguas tenebrosas de este mundo, bajo el imperio de

Satanás, príncipe de este mundo -, y de ahí la representación de la Iglesia como una barca que flota en medio de las olas, en medio de la tempestad de este mundo agitado por Satanás y sus secuaces. Y por eso Nuestro Señor les dice: ¡hombres de poca fe! Claro que sí; ¿cómo van a tener miedo si están con Cristo?, si la barca es de Cristo, si la Iglesia es de Cristo, aunque duerma como hombre porque como Dios está despierto día y noche, eternamente; por eso Nuestro Señor les reprocha y se lo dice en la cara y ese reproche vale también para nosotros, mis estimados hermanos. El que tiene la inteligencia y la sapiencia de que la barca, la Iglesia, es de Cristo, por más que yo vea que está a punto de naufragar, no debo de tener miedo y menos que por miedo pacte con el enemigo; he ahí el problema: ¡hombres de poca fe! Entonces, lo que quiere Nuestro Señor son hombres que no sean cobardes, porque la cobardía viene de falta de virilidad, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, y falta de fe: ¡hombres de poca fe! Típico de un cobarde, pues lo propio de la virtud es crecer en la dificultad y no achicarse, amilanarse o replegarse. El soldado bravo va a la guerra a vencer o a morir, pero no a retroceder; eso es traición.

Así pasa también dentro de la Iglesia: hay muy pocos hombres verdaderamente hombres en la Iglesia. Faltaron en el Concilio Vaticano. Si hubiera habido un solo cardenal que se hubiera levantado y hubiese impugnado las herejías y los errores del Vaticano II, declarándolo públicamente, hubiera hecho temblar a todo el mundo. Pero faltó. Porque he ahí el problema. Mucha gente puede ver y saber, pero ¡quién osa oponerse al Poder! He ahí la dificultad, falta de virilidad, falta de fe; y así, las cosas van sucediendo, mis estimados hermanos, en la Iglesia y desgraciadamente en la Tradición y desgraciadamente en la Fraternidad. Porque esa carta que he escrito, que me puede costar el pellejo, no la he hecho ni por soberbia ni por orgullo. Yo le he pedido a la Santísima Virgen María y a Dios que antes de dar el paso lo impidiera si yo obrase por orgullo o por estupidez o por cualquier tontería, de la que como hombre nadie esta exento; pero que si no me lo hacia ver, para que me echara para atrás, yo me lanzo y como toro bravo no me paro hasta que no arremeto hasta morir. Y fíjense ustedes, mis estimados hermanos, que aún hoy, con esa carta ya publicada y enviada a la Casa Generalicia, una vez más, si estoy equivocado, si estoy errado, le pido a Dios y a la Santísima Virgen, delante de ustedes, que me lo haga ver y ya mismo me arrodillo, me retracto y le beso la mano y los pies a Benedicto XVI, a Mons. Fellay y a todo aquél al cual haya, por alguna circunstancia teológica, doctrinal, errada mía, conculcado o lo que fuere. Pero yo no puedo aceptar que, encima de como veo las cosas, para colmo de la traición, se diga que eso es la Bendición de la Santísima Virgen María. Si Mons. Fellay osa decir eso, yo lo conmino, delante de Dios, a que sea castigado por la Santísima Virgen María por usar su santo nombre en semejante patraña; y si yo me equivoco que me castigue a mí. Mas claro no se puede ser, pero al pan, pan y al vino, vino. Y aquí no estamos jugando, aquí se está vendiendo la Iglesia, están vendiendo la Fraternidad, me están vendiendo a mí y a ustedes. Pero yo no me dejo comprar ni vender. Estos no son sermones políticos, son religiosos y los pericos politiquitos que vayan a hacer política allí, en el Ayuntamiento de Orizaba o en Méjico o donde fuera. Porque a mí la política me importa un rábano, un comino, porque ya no hay política lo que hay es politiquería. Porque la política es el gobierno de la ciudad, de la polis. Se gobierna para el bien común, para la virtud y la justicia, basada en la verdad. Y díganme ustedes qué político tiene esos paránetros. A mí, entonces, no me hablen de política, que eso me da asco e indignación, que me tilden

abusivamente de politiquero, comparándome con la política de hoy que no es la política de la verdad.

Hace falta, mis estimados hermanos, creo que en la Iglesia y en la Fraternidad, que alguien diga las cosas como son y no me van a faltar pelos en la lengua. Y como se lo dije al Padre Trejo: no se meta Padre, porque si se me mete de frente también lo refundo. El problema es con el Superior General que está vendiendo la Fraternidad, habla y se alía con el Vaticano que no ha dado ni un paso atrás. ¿A dónde anda Benedicto XVI? Va a la Sinagoga, va a la ONU y ahora quiere también venir a la Fraternidad, como una concubina más en el Panteón de las falsas religiones. Eso no puede ser, esa es la táctica de Roma. Roma, sépanlo mis estimados hermanos, la táctica del Imperio Romano fue dominar el mundo a través de las alianzas religiosas, por eso tenía un Panteón con los principales dioses de todos los pueblos importantes sojuzgados a ella, porque había la alianza en la religión, entonces no se podía combatir al enemigo teniendo los mismos dioses. Porque los enemigos eran los distintos y diferentes dioses. Entonces teniendo el mismo dios no había problema. Roma tenía el dios de los griegos, vengan acá los griegos. Roma tenía el dios de los hunos y de los otros, venga para acá los hunos y los otros. Así gobernaba y esa táctica sigue en lo que ya San Pedro, primer Papa de la Iglesia, llamó Babilonia; no estaba ya en medio Oriente estaba en Roma. Y la llamó Babilonia porque era una babilonia de religiones que no escatimaba decir que tenía en su seno un altar para cada dios; todas las religiones conocidas tenían allí su representante, como lo dice, si mal no me falla la memoria, el Papa San Leon el Grande, no me acuerdo bien, pero sale en el Breviario, justamente de allí lo saqué. Y no solamente dice eso, sino que al final Roma volverá, como al principio a ese mismo paganismo, a regocijarse de tener a todas las religiones, volviendo a su antigua prostitución religiosa.

Y eso hoy lo estamos viendo, por eso necesitan que la Tradición también allí, tenga sus derechos. No son los derechos de la Tradición como los derechos de los musulmanes, los derechos de los adventistas, los derechos de patatín y de patatán; es el derecho único y exclusivo de la Iglesia que es Tradición. El otro lenguaje es liberal y con ese lenguaje liberal de derechos, como acepta la democracia moderna liberal los derechos de cada uno conforme a la "dignidad de la persona humana" y de la "conciencia del hombre". Y por eso Benedicto XVI va a la ONU; ¿que creen que va a hacer ahí? ¡No tiene nada que hacer ahí un católico!

Así andan las cosas, así andan los reyes de este mundo, los presidentes de este mundo y así anda la religión, cabalgando sobre la Bestia, la mujer escarlata, forniguera (fornicaria) o gran ramera como dice el texto apocalíptico y nadie se me escandalice. La Biblia tiene un lenguaje muy concreto, pero nuestros oídos afeminados a veces se escandalizan cuando se usan para decir la verdad, pero no se escandalizan de ver toda la pornografía, día y noche, por Internet, por la televisión, cine, espectáculos, modas; ahí no se escandalizan. Pero cuidado si el P. Basilio o cualquier otro dice la gran ramera; eso es escándalo de fariseo; y así anda la mujer escarlata, vestida de púrpura como se visten los prelados, los cardenales en la Iglesia; de rojo, el rojo real que indica la realeza, la nobleza. Sobre la bestia fornicando con los reyes de este mundo: así anda la religión. Y en ese contubernio

adúltero, apóstata, quieren integrar la Fraternidad fundada por Mons. Lefebvre. Pues yo, como miembro de la Fraternidad, que es mi familia, a perpetuidad, me echen o no me echen, me opongo pública, oficialmente y hasta la muerte a este contubernio, y el día que deje de oponerme es porque esté muerto. Y ojalá sea por seguir diciendo lo que digo. Porque sería un santo mártir y ganas no me faltan porque así me libro del Purgatorio y me voy derecho al Cielo. ¡Bendito sea Dios!

Pero no me van a amedrentar. Así como ellos, secuaces del demonio, de Satanás, dicen que es irreversible el proceso del ecumenismo de Vaticano II, yo en nombre de la Iglesia de Cristo, la única verdadera, perseguida, les digo: Podrán triunfar y será un triunfo efímero, porque el verdadero triunfo lo tiene Nuestro Señor y El cuando vuelva en su segunda venida con el resplandor y la majestad de Su presencia, con un soplo de su boca, hará desaparecer al Anticristo, seudo profeta, al Anticristo común y corriente, el uno religioso y el otro político, y a Satanás. Ese es el verdadero triunfo, no otro; que también eso lo tienen alambicado con falsas interpretaciones, piadositas, de Fátima, pero erróneas por falta de fundamento teológico, escriturístico, apologético y exegético. Porque todo lo que yo digo es porque lo han dicho grandes eminencias, pero aunque ya están muertos, ahí está las obras. Pues bien, mis estimados hermanos, esa es la situación: ¿qué queda por hacer? Rezar sin claudicar y lo demás ponerlo en manos de Dios, Dios sabrá, porque la verdadera esperanza no está en los acuerdos de Mons. Fellay y Benedicto XVI, ni los acuerdos con nada que sea de este mundo. La esperanza está en Nuestro Señor y solamente en El; y ¿quién lo espera en gloria y majestad? He ahí el problema: dos bandos; el católico que espera a Nuestro Señor y el que no lo espera; como el que espera la muerte y se prepara, y el que no la espera, y se termina muriendo igual. Esa es la lucha apocalíptica, y en el fondo la falsa esperanza de querer remediar una crisis que no tiene remedio porque es irreversible y ha llegado a un grado tal de corrupción que ya no da para más. Nadie remienda ropa vieja con tela nueva. Ya lo dijo Nuestro Señor. Esto no se remienda, esto se purifica y se purificará con este tremendo castigo espiritual y también con un castigo material, como efecto secundario, para que el imbecilizado mundo, ateo e impío, se de cuenta y, por lo menos, clame a Dios antes de morir y se arrepienta y salve así su alma.

Pidámosle a la Santísima Virgen María que nos ayude, que nos bendiga, y no utilicemos su Santo Nombre para enmascarar la más vil y cruel de las traiciones. Mis estimados hermanos hay que pedirlo de corazón; el problema no es mío, personal, porque yo personalmente podría estar en Colombia, ser obispo; no necesitaba ir a la Fraternidad. Entonces, ¿miedo a qué etiquetas? ¿A quedar bien con quién? si ya uno sabe a qué se mete. No es mi problema, y si llego a tener problemas y los tengo, y los he tenido, ha sido por orden teológico, doctrinal y de fe; porque para rascarme la panza me la rasco en Hawai o en Haití, o adonde se me diera la gana; y no tendría por qué estar aquí, no digo muriendo de hambre, pero tener que aguantar dentro de la Fraternidad tanta estupidez de superiores incultos, sin sapiencia, con un barniz de teología, que no se sabe si se meten a curas porque son incapaces de formar una familia y tener hijos y mantenerlos con el sudor de la frente, y sea mucho mejor vivir con los dinerillos que por ahí de la iglesia se tengan, o con el poder o lo que fuera. Así que si tengo problemas no es por mí, es por la Iglesia. Entonces, el

problema es de la Iglesia, y por ser de la Iglesia es mío y de ustedes también; exista o no exista la Fraternidad. El problema es Roma que, desde hace cuarenta años, no confirma a los fieles en la Fe. Y así se ha convertido en la sede del Anticristo, como lo dijo Nuestra Señora en La Salette; y las tinieblas se hacen dentro de la Iglesia, la confusión; y peor aún, se confunde el mal con el bien y eso es lo típico del Anticristo, el que invierta: el hacer creer que las tinieblas es la luz, que la mentira es la verdad. Eso es lo que hoy vivimos, porque hoy impera todo menos la verdad. El gran obstáculo ha sido quitado. El imperio de la verdad que decía ya San Pío X: cuando la Iglesia no sea capaz de seguir manteniendo el imperio de la verdad, entonces Nuestro Señor está pronto a venir. Y en esa situación estamos.

¡Allá el que lo quiera creer o no creer!, ¡ver o no ver!, pero así es.

Pidámosle a la Santísima Virgen María que nos ayude, porque de todos modos sabemos que, pase lo que pase, la Iglesia es indefectible, aunque sea reducida a un pequeño rebaño disperso por el mundo; y que el triunfo del Inmaculado Corazón de María tendrá lugar y será al unísono con el triunfo de Cristo Rey viniendo en gloria y majestad. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.